

Ángel María Varo Pineda

COFRADE DE LA MISERICORDIA

Pregón del costalero

Pronunciado el 18 de marzo de 2007 en la iglesia de la Magdalena de Córdoba

Dignísimas autoridades, querido don Tomás, señor hermano mayor y junta de gobierno de la hermandad de la Sagrada Cena, costaleros y cofrades de Córdoba:

Supongo que será el cariño - que en ocasiones nubla la razón- el que llevó a la comisión encargada de organizar este acto, allá por finales de octubre, a pensar en mi persona para encomendarme esta hermosa responsabilidad de pregonar, bien entrada la Cuaresma, el mundo del costal.

Supongo que será el cariño - que en ocasiones nubla la razón- quién inspiró a la junta de gobierno de la hermandad de la Sagrada Cena a ratificar de inmediato esta casi descabellada propuesta.

Lo que sí es seguro, es que sólo fue el cariño - que en ocasiones como ésta nubla la razón- lo que me hizo aceptar la invitación en el momento que me lo propusieron.

Y aquí estamos, viviendo por mi parte esta osadía, de presentarme esta noche ante vosotros, cofrades y costaleros de Córdoba, a intentar pregonar, a golpes de alma y sentimiento, lo que sin duda vosotros mismos conocéis mejor que yo.

Qué puede, hermanos, contaros a vosotros, que seguís viviendo año a año la sensación indescriptible de sudar bajo las trabajaderas, este que desde hace tiempo, sólo puede escuchar el crujir de las maderas bajo los pasos desde los rincones del recuerdo. Sólo puede revivir, ceñido al costal de la añoranza, el sonido precioso y particularismo que se escucha bajo el palio malva de mi Virgen de las Lágrimas, cuando amantes se besan el varal y el fleco de la bambalina.

Que puede contaros a vosotros, que con la ilusión a flor de piel, tenéis el costal y la faja preparados para llevar muy pronto a todos los rincones de nuestra ciudad, las escenas salvadoras de la pasión del Señor y el llanto de su bendita Madre, este que tiene su costal roto y su faja despintada, guardados en el armario como recuerdo maravilloso de otras primaveras. Este es mi miedo esta noche, hermanos. Qué puede contaros a vosotros, fuerza y vida de nuestra Semana

Santa, este pobre costalero viejo. Sed pues, os lo suplico, benévolos con este pregonero, que al fin y al cabo sólo pretende humildemente compartir con vosotros las experiencias que la vida le ha regalado.

Aún conservo mi costal
roto, despintado y viejo
doblado en una cajita
donde dormita su sueño.

Cuando llega la Cuaresma,
voy a buscarlo y lo encuentro
como que está todavía
con el corazón latiendo.

Y lo miro frente a frente
con los ojos del recuerdo
y él me mira con los suyos
de recio lienzo moreno.

Y hasta parece que hablamos
de chicotás de otros tiempos,
de gozos indescriptibles
desde la Almagra a Lineros.

Y parece que me grita:

“¡Sé valiente, costalero!

¡Vístete de juventud!

¡Vámonos con Ella al cielo!

¡No lo pienses, cógeme,

que aunque esté roto y deshecho
quiero volver a sentir

a la Reina de San Pedro!

¡Sácame de esta prisión!

¡Vamos a vivir de nuevo

lo de aquellos primaveras

de hace casi treinta eneros...!”

Y yo lo cojo, y lo mimo
como a un chiquillo travieso...

Y lo acaricio y lo acuno
y hasta lo abrazo y lo beso...

“Si es que ya no puede ser
si son las leyes del tiempo
que va pasando veloz
sin respetar sentimientos...

Pero escucha, ven conmigo,
alegra esa cara y luego
pósate en este papel
que hoy tenemos otro reto,
que tenemos que andar juntos
está chicotá de versos
que le han querido encargar
- yo no sé con qué criterio-
a este que ya no lo es,
pero que fue costalero.

¡Vente hoy conmigo, costal!

¡Vente como en otros tiempos!

¡Ayúdame una vez más!

Cíñete fuerte a mi cuello
en esta trabajadera
de tinta y de sentimiento
que esa noche, Santo Dios,
esta noche, compañero
vuelvo a trabajar contigo,
vuelvo a sentirte de nuevo,
proclamando este pregón
que dará, sin merecerlo,

este, que ya no lo es,
pero que fue costalero.

Ciertamente, la añoranza del costal para quien tuvo la suerte de vivirlo es algo que no se cura nunca. Para quien pasó por las trabajaderas, siendo cofrade, ya nada vuelve a ser igual. Cuando uno, superada su mejor juventud, vuelve a la túnica, parece como si afrontara la estación de penitencia con una especie de emoción especial. Porque uno se siente orgulloso, por un lado, de haber ofrecido a sus titulares su mejor edad para pasearlos por Córdoba, y por otro, de ser verdadero cofrade de su cofradía, y de estar en cada momento y circunstancia de la vida cumpliendo su obligación de la mejor manera que puede. Y te llena de satisfacción, en esos momentos de emoción indescriptible en que los portones de la iglesia están a punto de abrirse, abrazar, para desear ánimo y suerte, vestido con tu túnica, capirote en el brazo, a esos hermanos costaleros más jóvenes que tú, que compartieron trabajadera contigo en otras Semanas Santas. Por eso, hermanos costaleros que tenéis la suerte de poder llevar aún a vuestros titulares, qué importante es que no nos quedemos nunca en vivir la media Semana Santa, maravillosa por demás, que existe bajo las trabajaderas. Llegado el momento de guardar con tristeza el costal en el armario, vivamos con gozo la experiencia sublime de vestir la túnica de nuestra hermandad para alcanzar la plenitud como cofrades. Nunca entendí, y creo que no lo entenderé jamás, al que por razones de edad u otras circunstancias, dejó de ser costalero y nunca más se le vio. La túnica, lo digo por propia experiencia, lejos de ser antagónica al costal, es absolutamente complementaria tanto a nivel colectivo como a nivel estrictamente personal. De hecho, desde este atril concebido para pregonar la maravillosa tarea de llevar los pasos, me atrevo a lanzar la idea, para quien quiera recogerla, de que tampoco sería descabellado impulsar el pregón del nazareno, que también habrá quien pueda compartir con los demás, irrepetibles experiencias vividas al calor anónimo de la túnica.

Pero centrándonos en lo que hoy nos congrega, me vais a perdonar hermanos, que al comienzo de este pregón me permita evocar mis más lejanos recuerdos. Era yo apenas un niño. Vestía, quizá por primera vez, la túnica blanca de mi hermandad, cuando tuve, más que mis primeros contactos con el mundo de la trabajadera, el primer conocimiento, aunque sólo fuese a nivel de admirador espectador, de que existía este arte sublime de llevar los pasos. Recuerdo, como si los estuviera viviendo ahora mismo, mis primeros nervios cofrades. La iglesia de San Pedro, a media luz, con la puerta cerrada, era un auténtico hervidero de nazarenos blancos que se difuminaban entre el aroma y el humo del incienso recién encendido. Se escuchaba el gentío al otro lado de los recios portones. Desde el altar mayor, alguien iba nombrando los atributos y las parejas de cirios. Otros, en el pasillo que quedaba entre las viejas bancas, intentaban

organizar las filas nazarenas de la mejor manera posible. Todos estaban ya cubiertos y yo, prisionero de mis miedos infantiles, me aferraba con fuerza a la mano de mi padre para no despistarlo. Entre aquel tumulto, algo llamó poderosamente mi atención. En torno a los pasos, un grupo de hombres de aspecto recio se preparaban ciñéndose una manta enrollada a los hombros. En el centro de ellos, un señor de edad avanzada, impecable traje negro, los cambiaba de sitio y los colocaba según su criterio.

“¿Y esos quienes son?” Pregunté a mi padre, que esperaba en silencio a que se abrieran las puertas de la hoy basílica.

- Los faeneros - contestó- .

- ¿Y qué hacen ahí?

- Son los que llevan los pasos. ¿Ves esa manta que llevan al cuello? Les sirve para cargar el peso sobre sus hombros.

Recuerdo que quedé un momento en silencio contemplando incrédulo aquella escena. Aquello me parecía verdaderamente fascinante...

- ¿Y el viejo? - me atreví a insistir en mi curiosidad- .

- El viejo, niño, es *El Tarta*, un capataz extraordinario.

El ruido seco y contundente del cerrojo que abría las puertas inundó los sagrados muros con el vocerío expectante de la gente que se agolpaba en la plaza. Comenzaron a salir las primeras parejas de cirios, y *El Tarta*, voz entrecortada pero serena, proclamó las primeras órdenes para encarar el paso hacia la puerta. Me faltaban ojos para admirar aquella escena. Cuando quise darme cuenta, el Cristo estaba en la calle. Jamás olvidaré aquella maniobra magistral. Miré a mi padre. Él me miró y me acarició la cabeza...

- Ahora ya no se puede hablar. Buena estación de penitencia.

Yo bajé los ojos y comencé a pasear mi canastilla de mimbre buscando el aire fresco de la plaza, soñando con *El Tarta*, con los faeneros, y con aquel espectáculo impresionante que acababa de presenciar. En aquel momento, con apenas seis años de edad, no se me podía pasar por la imaginación, ni siquiera remotamente, que andando el tiempo, el Señor me iba a conceder el privilegio de ocupar, primero el lugar de aquellos faeneros, y luego el sitio de *El Tarta* durante diez años. Dios tenga en su gloria a don Antonio Sáez y a cuantos costaleros haya llamado a su Reino de los que trabajaron con él. En este punto, permitidme cofrades, quiero manifestar idéntico reconocimiento a don José Gálvez y a su también espléndida cuadrilla, que durante los años difíciles de los cincuenta, sesenta y primeros de los setenta, mantuvieron encendido en nuestra ciudad, junto al recordado *Tarta*, el fuego del quehacer costalero. Quizá con otras for-

mas. Quizá, con otros estilos. Pero con toda seguridad, con la misma ilusión y con la misma fe con la que se trabaja hoy.

La llegada de los hermanos costaleros, en el segundo lustro de los setenta, sumió en un desprecio inmerecido a estas cuadrillas, a las que casi se les robó el nombre de costaleros, para llamarles simplemente, profesionales. Para determinados sectores del naciente movimiento, habían cometido el pecado, al parecer imperdonable, de haber cobrado por su trabajo. Sin duda no se valoró que en aquellos tiempos, en los que sólo existían estas dos cuadrillas en Córdoba, no había gente que se metiera, ni cobrando, debajo de los pasos. He conocido hombres, tanto de la cuadrilla de Sáez como de la de Gálvez, que me han hablado con auténtica emoción de su vivencia costalera, y con tremenda tristeza del desprecio sufrido por determinadas personas de la generación que los sucedió. Por eso, hoy que tengo la ocasión, este costalero viejo, que inició sus pasos costaleros en cuadrillas que sucedieron a las de los llamados profesionales, quiere públicamente pedir perdón en nombre de mi generación a estos auténticos señores, a estos magníficos costaleros, y presentarle humildemente, la más auténtica de nuestras gratitudes, y el más profundo de nuestros respetos.

Vestida de primavera,
al compás de un suave viento
cuando la tarde oscurece
y los primeros luceros
muestran su radiante vida
luciendo en el firmamento,
escondida entre las nubes,
con olor de azahares nuevos
llegó andando despacito,
hasta la puerta del cielo,
casi sin hacer ruido
el alma de un costalero.

Andaba allí la Señora
en sus quehaceres maternos
dando consuelo divino
a los dolores terrenos.

A quien lloraba, alegría,

A quien padecía, consuelo...
A cada cual, lo que hubiera
pedido con fe en sus rezos,
cuando de pronto sus ojos
lo vieron venir de lejos.
Inundada de alegría
salió corriendo a su encuentro
y antes de que él se acercara
se le adelantó diciendo:
¡Yo bien te conozco a ti!
¡Yo te conozco, buen viejo!
Que en tierra de Rafael
tú fuiste mi costalero.
Y me paseaste en los pasos
para gozo de tu pueblo
que me llenó de oraciones
y de piropos sinceros.
Y yo vestida de reina
anduve por el Realejo,
por la cuesta del Bailío,
por la plaza de San Pedro,
mientras que tú bajo el paso,
- tinieblas, sudor y esfuerzo-
con los dientes apretados
me ibas rezando en silencio...
Pasa, pasa, ven conmigo
que mereces este Reino.
- Es que...madre mía, no sé...
- dijo quedándose quieto-
- ¿Qué no sabes, qué te ocurre?

¿Por qué no pasas adentro?

- No sé si debo pasar...

Casi me avergüenzo de ello...

Para algunos, yo no fui

ni siquiera costalero...

Tan sólo profesional,

- díjole llorando el viejo-

porque cometí el pecado

de cobrar un triste sueldo...

¡Quizá no debiera entrar...!

- ¿Pero tú que estás diciendo?

¿Qué pecado cometiste

después de tan noble esfuerzo,

al llevar para tu casa

un pobre jornal honesto?

Anda, sécate esas lágrimas,

y entra de una vez sin miedo.

¡Y ven conmigo por siempre,

ven conmigo, costalero,

ven a mis brazos de Madre,

que hoy soy yo la que te llevo

a presentarte a mi Hijo

que hizo para ti este cielo!

¡Tú te has ganado esta Gloria

paseándome por tu pueblo!

¿Profesional?, Para otros.

Pa tu madre, ¡costalero!

Y es que, si hay algo que no cambia, o que no debe cambiar con el transcurso de los tiempos, son las vivencias, las emociones, las sensaciones, que se pueden sentir debajo de los pasos. Pasan los años, pueden evolucionar determinadas formas, determinados conceptos, porque en esto como en todo, llegan las mo-

das y las nuevas ideas. Pero la esencia, el verdadero porqué de este trabajo ha de permanecer inalterable. Y en este sentido, hermanos cofrades, este que ya no lo es, pero que fue costalero, no puede dejar de manifestar que en ocasiones se siente confundido, preocupado y - ¿por qué no decirlo?- incluso hasta molesto, al contemplar estupefacto el moderno aspecto, diseño de vanguardia, del vestir de determinados costaleros que pululan por las calles de nuestra ciudad en las tardes de nuestros días santos, con formas y coloridos, que en mi modesta opinión, constituyen una evidente falta de respeto a tan noble tarea, demostrando a las claras que, por desgracia para ellos, por muchos años que puedan llevar en esto, no han sido capaces de tener la sensibilidad suficiente para entender que la verdadera grandeza del costalero, parte de su humildad, de su sencillez, de su discreción y de la generosidad de su esfuerzo. Y es que el costal, la faja, la camiseta, el conjunto en suma de la ropa que lleva el costalero para realizar su cometido, ha de merecer tanto cuidado y respeto para quien lo lleva, como el que supone la túnica para el nazareno. Quizá en este aspecto sean las propias cofradías, cuando falte la responsabilidad del interesado, las que deban tomar cartas en el asunto.

Mas, lejos del absurdo afán de protagonismo que manifiesta esta - afortunadamente- minoría, la realidad es que la inmensa mayoría de quienes componen el colectivo costalero es muy consciente de que el papel por el que han querido optar dentro de la tradición cofrade de su pueblo está lleno, cuando es bien entendido, de fascinantes matices. Apartado de la presunción de quién está convencido de hacer algo sobrehumano, de quien se cree una especie de superhéroe sacro, el buen costalero sabe que la auténtica riqueza de su trabajo está en darle una dimensión trascendente a cuestiones tan humanas como la amistad, el compañerismo, la generosidad con el otro en los momentos difíciles, o el esfuerzo común en pos de un mismo objetivo.

Para quien os habla, una de las características más sublimes del costal es que, al igual que el amor, al igual que el dolor, al igual, incluso, que la mismísima muerte, hace exactamente iguales a hombres de distinto rango social, de distinta condición, o de distinta situación económica. Bajo cualquier paso, podremos encontrar por ejemplo, licenciados universitarios junto a compañeros de titulación académica bastante más elemental. Profesores, profesionales de prestigio del derecho o de la medicina por poner un caso, compartiendo el mismo sudor con estudiantes o trabajadores de otros oficios menos reconocidos socialmente, aunque no menos importantes. La faja y el costal, el esfuerzo compartido y la ilusión común, miden con el mismo rasero a todos por igual. Y en la penumbra cálida de las trabajadoras nadie es nada que no sea costalero, ni nadie tiene nada que no sea ilusión y fe.

Es evidente, que mientras más se vivan estos conceptos en el seno de la cuadrilla, mientras más conciencia se tenga del privilegio que supone formar parte de esta especie de microsociedad sin clases, mejor será el ambiente de la misma, más amplia y auténtica la satisfacción de sentirse costalero, y de más calidad, sin duda alguna, el trabajo en la calle durante la estación de penitencia, que al fin y al cabo, es el objetivo principal.

En este sentido, los capataces tienen una enorme responsabilidad ante ellos, inculcando a la cuadrilla los auténticos valores del quehacer costalero, haciendo de la misma una verdadera piña y cuidando de que las formas y maneras sean acordes con nuestra tradición. Quizá sea esta, y creedme que lo digo por experiencia propia, la labor más difícil y más importante de quienes tienen encomendada la labor de dirigir las cuadrillas. Dar las órdenes exactas para sortear con éxito una estrechez, una puerta, o cualquier tipo de dificultad de las que se presentan en la calle, aun teniendo su ciencia, está al alcance de cualquiera que haya adquirido un poquito el oficio en algunos años de experiencia bajo las trabajaderas. Inculcar a la cuadrilla un estilo determinado de andar, en función del sello o del estilo de la cofradía en la que se esté trabajando, mas o menos igual. Pero hacer verdadero grupo, inculcar en cada uno de los miembros del colectivo fundamentos auténticamente cofrades, dejar clarísimo a quien pueda dudarlo cuál es la línea de nuestra cofradía, y ser un eficaz nexo de unión entre la cuadrilla y la junta de gobierno, es algo bastante más complicado, que ciertamente, ya no está al alcance de cualquiera.

El capataz, pues, en nuestro modesto criterio, ha de ser un servidor fiel de la cofradía, asumiendo plenamente la amplitud de su responsabilidad, y desde su sitio, con la sana y humana satisfacción de sentir el privilegio de ejercer tan hermosa tarea, al igual que el buen costalero, huir de absurdos protagonismos y de burdas vanidades.

Así de sencillas, así de humanas, así de simples, son las bases de nuestra más hermosa tradición. Bendita tradición secular que sobrevive y sobrevivirá mientras cuidemos con mimo sus cimientos más auténticos, heredándose de padres a hijos, de hermanos mayores a hermanos pequeños, de generación en generación. De hecho, una de las mayores y más íntimas satisfacciones que puede sentir un cofrade, bien sea nazareno, capataz o costalero, es la de percibir que sus hijos, en mayor o menor medida porque en esto como en todo hay grados de compromiso y de integración, han hecho suyo aquello que él mismo recibió de sus padres. Quien os habla, ha tenido la suerte y el privilegio, que no el mérito, de salir de nazareno de la mano de su padre, y de la mano de sus hijos. Incluso, con el paso de los años hemos recibido del Señor el regalo impagable de mandar como capataz a mi hijo mayor. Privilegio, que también pudo vivir el pasado año mi querido presentador José Luis. Por eso, bien entendemos los dos

a ese capataz que en cierta ocasión, estando ya toda la cofradía montada y preparada para salir a la calle, la cuadrilla al completo dispuesta bajo el paso, pendientes tan sólo, nervios a flor de piel, de que se abrieran los portones del templo, entre la aromática nube de incienso recién encendido, tembloroso, se acercó al respiradero con voz quebrada...

¡Patero izquierdo de cola
que haga el favor de salir
que le tengo que decir
unas palabras a solas...!
Hijo mío, en esta hora
en que por primera vez
vas a ser de Dios los pies
y de tu pueblo oración,
oye el viejo corazón
que se escapa de mi boca,
como esta lágrima loca
que estoy derrochando al verte...
Ya puede venir la muerte
que está cumplido mi anhelo...
Hoy, que casi toco el cielo
viéndote venir conmigo
oye bien lo que te digo
y el consejo que te doy...
Que día a día, igual que hoy,
antes de andar tu camino,
pidas aliento divino
a ese que en cruz de madera
cada mañana te espera
loco por darte su amor.
Ofrécele sin temor
tu vida y tus ilusiones

todas tus preocupaciones
y tu ardiente juventud...
Tus tinieblas y tu luz,
tu tristeza y tus amores,
la causa de tus dolores
y el porqué de tu alegría,
lo mejor de cada día
y la esencia de tu pena.
la de cal y la de arena.
déjalo todo a sus pies.
Si a cada paso que des
eres honesto y sincero,
serás un buen costalero
en la estación de la vida.
Pero hoy es otra partida
la que vamos a jugar,
aquí te puedo ayudar
la otra depende de ti.
Hoy debes confiar en mí
y en los ecos de mi voz,
hoy vamos juntos los dos
andando el mismo sendero...
Tú, mi joven costalero,
yo, tu viejo capataz...
La hora de la verdad
está llamando a la puerta.
Pronto estaremos de vuelta
con el deber ya cumplido...
Para entonces, yo te pido
un favor para este padre...

Cuando te abrace tu madre
bendiciendo tu quehacer,
no cuentes a esa mujer
que ahora reza por los dos,
que tu capataz lloró
antes de darle al martillo
abrazando a ese chiquillo
que hace tan sólo unos días
salía con su cofradía
con un pabito de cera,
y hoy con costal de arpillera
cosido en hilos de amor,
viene a ofrecer su sudor
para acercarle a su gente
a ese Cristo que doliente
derrama la salvación...
Dios escuchó la oración
que postrado ente su cruz
el día que naciste tú
le pedí como a un amigo...
Que trabajaras conmigo
en las tardes de pasión
con un costal de ilusión
y una faja de alegría...
Hoy que ha llegado ese día
pon el alma en el empeño...
Vive en plenitud este sueño
de ser los pies del Señor,
que en esa cruz, por amor,
viene a vencer a la muerte...

No todos tienen la suerte
de estar tan cerquita de Él.
Sé tú un costalero fiel,
generoso en el trabajo,
hermano, con el de abajo
que esté pasándolo mal...
Yo sé que puedes, chaval,
ser costalero valiente.
Que tu sudor sea un presente
que le llegue hasta Dios mismo.
No busques protagonismo
sino generosidad.
Fájate con la verdad,
respeto tu cofradía,
y disfruta de este día
que todo un pueblo te espera...
Y bórdate en la arpillera
este sencillo consejo
que te ha ofrecido este viejo
con un cariño sincero...
Anda, corre a tu costero
que están abriendo el portón...
Y échale *tó* el corazón
desde el esfuerzo primero...
¡Dame un beso, costalero!
¡Que tengas buena estación!

El mundo del costal, al igual que el mundo cofrade en general, vive fundamentalmente de emociones, de momentos, de vivencias. Convencido estoy de que, a pesar de los tremendos sinsabores que en ocasiones también genera, y quien os habla creedme que los ha sufrido con enorme intensidad, vale la pena vivirlo. Un solo instante de felicidad, de sentir el sueño cumplido - vosotros lo sa-

béis tan bien como yo- justifica, da sentido y compensa mil horas de dificultades. Junto a la cruz de la moneda, que ahora no viene al caso, hemos tenido la suerte, a lo largo de los años, de haber podido hacer realidad casi todos nuestros anhelos cofrades. A finales de la década de los setenta, se cumplen ahora veintinueve años, recién amanecido en nuestra ciudad el movimiento de hermanos costaleros, un grupo de chavales de mi hermandad, soñamos con conseguir una cuadrilla para nuestros titulares. Posiblemente, uno de los más ilusionantes proyectos en los que nos hayamos embarcado en nuestra vida cofrade. Por aquel entonces, mi padre pertenecía a la junta de gobierno de la Agrupación que presidía Rafael Zafra, y acababa de ser elegido como hermano mayor de mi hermandad de la Misericordia. Yo tenía recién cumplidos los diecisiete años, y en mi casa se respiraba ambiente cofrade por cada uno de sus rincones. Mientras mi padre volcaba todo su tiempo trabajando al servicio de la hermandad y de la Semana Santa en ejercicio de las responsabilidades que tenía asumidas, mi madre, casi siempre a la sombra como la mayoría de las mujeres de su generación, sacrificaba su poco tiempo de descanso confeccionando costales para su joven cuadrilla de hermanos. Seguramente, puedan contarse por decenas los costales de lienzo moreno y arpillera salidos de sus manos. Tiempos felices de mi primera juventud, en los que mis padres, a los que debo todo, nos regalaron a mis hermanos y mí un maravilloso ejemplo de verdadera entrega a la hermandad. Un auténtico ejemplo de vida, que nunca necesitó de palabras para ser entendido. En aquellos años, con aquel ambiente de casa que jamás olvidaré, se cimentó en este pregonero la más profunda y convencida vocación cofrade.

Pero el tiempo pasa como no puede ser de otra manera, y con el transcurrir inapelable de los años, la vida te hace distinguir que existen otro tipo de costales... Y cuando menos te lo esperas, reparas en que necesitas para tu cerviz un lienzo un poco más fuerte y una arpillera un poco más recia, porque la carga que te asigna el destino es pesada y nada fácil de llevar. Y entonces comprendes que sólo vale fajarte de esperanza, y ceñirte con fuerza el costal de la fe. Porque puede pasar que Dios te de la oportunidad de ver, de palpar, de sentir muy de cerca el dolor de Cristo crucificado, reflejado para su mayor gloria en un Ecce Homo absolutamente real, absolutamente humano. Un Ecce Homo con nombre y apellidos. Un Ecce Homo, como el que tengo en mi casa, con reconocimiento de cofrade ejemplar para orgullo de sus hijos. Un Cristo vivo al que, si aún le late el corazón después de años de penosa enfermedad, es porque aquella mujer que feliz, confeccionaba los costales para los chavales cuando él era hermano mayor, aquella mujer que siempre le apoyó en su caminar cofrade, aquella mujer que compartió y comparte con él todos sus momentos, ha renunciado absolutamente a todo, para hacer del cuidado de su larga enfermedad la única razón para seguir viviendo. Lección sublime generosidad y entrega sin

límites, la que mi madre imparte diariamente desde la cátedra de la humildad. Como siempre, porque no sabe hacer las cosas de otra manera, pregonando un ejemplo al que sobran todas las palabras. Quién le iba a decir a ella, que tantos y tantos costales hizo para sus jóvenes costaleros, que hubiera hecho bien en reservarse uno para sí. Porque al final de esa definitiva estación de penitencia que es la vida, en el amargo tramo de vuelta, cuando el cansancio acumulado del largo camino empieza a hacerse penoso y las estrecheces parecen más estrechas, y las dificultades parecen más difíciles, la voluntad del Señor le tenía reservada una cruz pesada. Pero ella, como siempre, lo dio todo. Como siempre, se ignoró a sí misma, y, mirad por donde, ahora que le haría falta está sin costal...

Prestadle un costal de seda

Para que lleve su cruz

Lo más suavito que pueda.

Antorcha de viva luz

En el camino postrero

De un Ecce Homo andaluz.

Hay que ser buen costalero,

Para dejarse la vida

Al lado del compañero.

Siempre la mano tendida.

Siempre la sonrisa puesta.

Siempre sufriendo a escondidas.

¡Que larga se hace la cuesta

De esta triste chicotá,

Ya en el camino de vuelta!

Aquí no hay más que rezar,

Alzar los ojos al cielo,

Y sencillamente, amar.

En Dios está su consuelo

Y la fuerza de su fe.

Y en la Virgen, su pañuelo.

Y en cuidar sólo de él,

La ilusión que cada día
Le hace tenerse de pie.
¡Lección de costalería!
Levar la cruz del dolor
Con carita de alegría...
¿Quién quiere ser su aguaor?
Que en la estrechez de la vida,
Va sudando por amor.

Disculpadme, costaleros, que en esta estación de palabras que empieza a tocar a su fin, me haya permitido la libertad de dedicarle esta *levantá* a ella. Asumo que, dentro de unos minutos, cuando termine este pregón, no hay quien me libre de la regañina que me caerá, como a su chico que sigo siendo, porque... “tú para qué tienes que decir nada...”. Pero estoy convencido, que si hay algo que nos enriquece a todos, es precisamente compartir los sentimientos humanos más hermosos. Es una obligación moral proclamar estas lecciones de grandeza, que sus protagonistas, precisamente por estar adornados de sobrada humildad, jamás contarían a nadie. Verdadera vida contemplativa del mundo cofrade, nuestros mayores son auténtico ejemplo y orgullo para los que actualmente desarrollamos cualquier tipo de labor en las hermandades. A ellos debemos en un porcentaje importantísimo la Semana Santa que hoy conocemos. De ellos hemos heredado lo mejor de nuestra tradición y el amor por nuestras cosas. Por eso, nuestra mayor responsabilidad y el mejor homenaje que podemos ofrecerle a ellos, es custodiar esta herencia maravillosa para dejarla a nuestros hijos, aportando nuestro trabajo y nuestro tesón para engrandecerla cuanto podamos en la medida de nuestras posibilidades, pero preservando con mimo la auténtica esencia que la ha mantenido viva durante siglos.

Ahora, costaleros, ya cercano el final del pregón, sólo me queda pedir os disculpas por haber tenido la osadía de presentarme ante vosotros, con el viejo costal de mis recuerdos y la faja despintada de mis emociones. Proclamar en voz alta el privilegio de haber sido costalero durante años, y dar gracias a Dios por haberme regalado la posibilidad de vivir... eso que se vive bajo las trabajaderas. Maravilloso e inexplicable. Para quien ha tenido la suerte de sentir en su piel esos momentos de sudor y gloria, se hace difícil asumir la triste certeza de que no volverán. Porque es cierto, como contaba al principio del pregón, que cada Cuaresma vuelves a escuchar en tus sueños los gritos de tu costal. El tímido lamento de la arpillera que no se resigna a quedar en el armario. Y a veces, iluso, hasta te planteas la posibilidad imposible de escucharlos. Y aunque sólo sea por unos instantes, incluso llegas a ser feliz de engañarte a ti mismo pen-

sando que a lo mejor puede ser. Hasta que al final recuperas la cordura, y la razón y el corazón vuelven cada uno a su sitio. Y es entonces, Virgen bendita de las Lágrimas, cuando vuelvo los ojos a ti para agradecerte los años que pude llevarte. Y para agradecerte también que ya no pueda. Vuelvo los ojos a ti, Virgen bendita de las Lágrimas, como lo hago ahora, al final de este pregón, para agradecerte que me hayas dado palabras. Vuelvo los ojos a ti, como lo hago siempre, para agradecerte todo. Mi costal viejo. Mi túnica blanca. El ejemplo de mis padres. Mis torpes versos. Mi voz quebrada. Vuelvo los ojos a ti, Virgen bendita de las Lágrimas, porque sé que mientras pueda mirarte no me faltará la luz, y mientras Tú me mires, de alguna manera te seguiré llevando...

Que no me falte, Señora

la luz de tus ojos vivos.

Ni el fuego de tu mirada,

ni tu consuelo bendito,

ni el amor que hay en tus manos

y en tus lágrimas de vidrio.

Que no me falten, Señora

ni tu aliento ni tus mimos,

que no hay sendero que ande

si Tú no vienes conmigo.

Yo a cambio quiero ofrecerte

este trabajo sencillo.

Este pregón costalero

que a la postre sólo ha sido

un trozo del corazón,

un soplo de llanto escrito

de este costalero viejo

que ya no puede contigo.

Mas te seguiré llevando,

porque hay múltiples caminos,

en el dolor de mi padre,

en la ilusión de mi hijo,

en la fuerza de mi madre,

en lo incierto del destino,
en mi cubrerrostro blanco,
en el sendero indeciso,
en la alegría de la vida,
en el llanto contenido,
en mi trabajo diario,
y en mis hojas de oro fino.
En lo bueno y en lo malo.
En lo humano y lo divino.
¿A dónde quieres que vaya
Si no te llevo conmigo?
¿A dónde voy, Madre mía,
si sin ti soy como un niño
al que hace falta una mano
para dar unos pasitos?
Puedes tener por seguro
que aunque no pueda contigo
yo te seguiré llevando,
porque aquel que ya lo ha sido
sigue siendo costalero
hasta el final del camino...
¡Además, que no sé andar
Si no te llevo conmigo!

Ahora, costaleros, es hora ya de terminar esta *chicotá* de palabras porque se escucha próximo el chirriar del portón de nuestra Semana Santa. Preparad vuestros costales. Llenad, si es que aún no lo está, vuestra alma de ilusión y preparaos a disfrutar, un año más, del privilegio de sentir al Señor y a la Virgen sobre vuestros hombros. Yo ya tengo preparada mi túnica blanca. Después de un largo año de espera, es la hora de vivir. A todos, buena estación.

HE DICHO.